

Era la clásica vida de un hogar chileno acomodado de provincia de la primera mitad del siglo XIX: ordenado, austero, monótono y cristiano. Misa matinal en la iglesia de San Francisco, clases particulares para aprender a leer y escribir, almuerzo con varios guisos, descanso en los sombríos y olorosos patios interiores, la hora de la costura de prendas para los niños pobres y no mucho más.

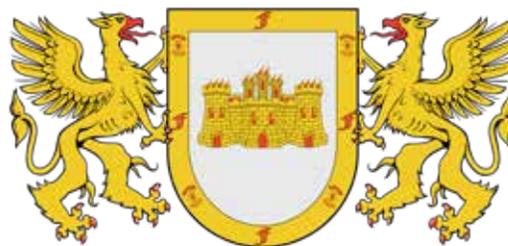
Allí, a pocas cuadras de la Plaza de Armas de La Serena, en 1830 nació Juana Ross Edwards. Era la primera hija de David Ross, el cónsul de Escocia en Coquimbo, y de doña Carmen Edwards Ossandón.

Pese a sus ascendencia escocesa y que a lo largo de su vida dispuso de una fortuna que le habría permitido vivir en Europa con todas las comodidades, Chile sería su hogar por siempre. Su apacible infancia serenense en compañía de sus hermanos menores le forjaron el carácter: sólido, de pocas palabras y mucho sentido de la caridad.

POBLACIÓN PROVINCIA DE COQUIMBO (1865)

	Hombres	Mujeres	Total
• Serena	13.197	13.116	26.313
• Coquimbo	7.134	6.707	13.811
• Combarbalá	5.111	5.935	11.379
• Ovalle	25.123	21.860	49.985
• Illapel	15.113	15.889	31.302
• Elqui	6.003	6.982	13.045
• Total	72.376	73.519	145.895

Fuente: Censo 1865 - www.ine.cl



Escudo de Armas de La Serena (1549).

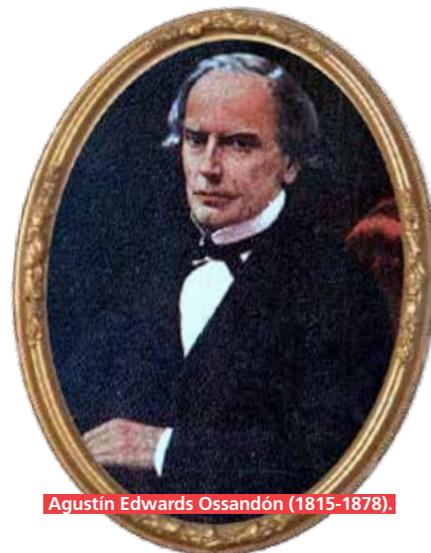


Plaza de Armas y Catedral de La Serena (1872). Grabado de Recaredo Santos Tornero.



Juana Ross Ossandón (1830-1913).

Pese que él era hermano de su madre y que el matrimonio hubo de contar con dispensas especiales del Vaticano por el cercano parentesco, en 1851 –a los 21 años– Juana se casa con Agustín Edwards Ossandón, un acaudalado empresario de las minas de plata y cobre del norte, quince años mayor que ella. La vida de casados los trasladó a vivir a Valparaíso, por entonces el principal puerto de Chile al que solo se llegaba (desde Europa) tras la sinuosa travesía del Estrecho de Magallanes.



Agustín Edwards Ossandón (1815-1878).

EL COSMOPOLITA Y DESIGUAL VALPARAÍSO DE MEDIADOS DEL SIGLO XIX

Muchos barcos en la bahía, extranjeros por acá y por para allá, movimiento accionario, la primera compañía de bomberos de Chile, mercadería importada, negocios portuarios, el Mercurio de Valparaíso (que más adelante pertenecería a la familia de su marido) muebles de caoba inglesa y tapicerías francesas en los palacios del plan y suma y sigue. Pero detrás de todo ello estaban los remeros, los cargadores, los estibadores y sus miserables familias que vivían hacinadas y sin ninguna salubridad. Al poco andar en su nueva vida porteña, Juana se dio cuenta de los dos mundos paralelos. Algo se podría hacer...



Casa de la familia Edwards Ross en la Plaza Victoria de Valparaíso.



“S.E. comprenderá, sin duda que lo que deseamos es que de la cantidad que la Nación destina anualmente para beneficencia, se digne asignar una pequeña parte al Asilo de Huérfanos de Valparaíso...”

Extractos de cartas escrita por Juana Ross al presidente Manuel Montt, 1856.

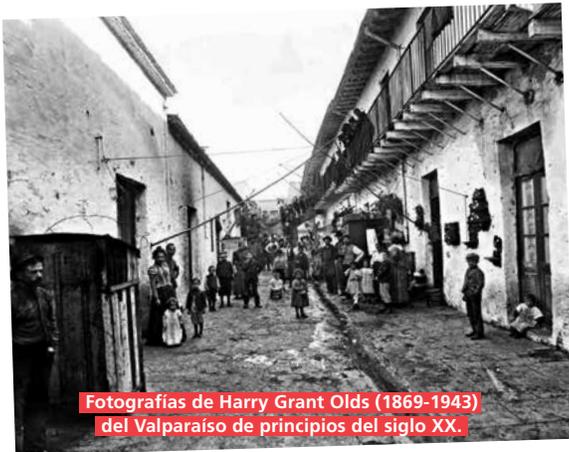
No era liviana de sangre Juana Ross.

Al contrario, era una mujer sólida, casi rígida y con un gran sentido del deber.

A medida que iban naciendo sus hijos (tuvo 7 y 5 de ellos murieron antes de alcanzar la juventud) se daba el tiempo para ayudar a los más desfavorecidos.

Y como tenía grabado aquello de que “la unión hace la fuerza”, en 1855, crea junto a un grupo de damas de la sociedad porteña, la llamada Sociedad de Beneficencia de Señoras de Valparaíso, de la cual fue tesorera, secretaria y luego, presidenta.

Trabajo no les faltaba. Partieron creando dos dispensarios populares: uno en el barrio del puerto y otro en el Almendral.



Fotografías de Harry Grant Olds (1869-1943)
del Valparaíso de principios del siglo XX.

“...Al aumento de gastos que nos exige el progresivo aumento de las niñas recogidas, tendremos que agregar el de tres monjas de la Providencia cuyos servicios se nos ofrecen para desempeñar las funciones diarias inmediatas del Asilo. Hasta ahora lo hemos dirigido nosotras mismas pero son naturalmente demasiado tareas pesadas para madres de familia que tienen también deberes imperiosos en el hogar, que no pueden descuidar”.

Extractos de cartas escrita por Juana Ross al presidente Manuel Montt, 1856.

A mediados de siglo XIX, Valparaíso se convirtió en el centro del mayor movimiento de capitales y el domicilio legal de la mayoría de las nuevas sociedades y compañías, entre las que se contaron los primeros bancos, ferrocarriles, sociedades mineras e industriales, compañías de seguros y mercantiles. Asimismo, fue la sede de una emergente burguesía mercantil a la que pertenecía, con toda propiedad, Juana Ross. En 1878, tras enviudar de Agustín Edwards Ossandón, acrecentó su fortuna y, a la vez, aumentó su sentido de austeridad y de caridad.



Resuelta como era –y ante la mirada atónita de su familia y amistades– transfirió grandes sumas de dinero para la construcción y mantención de hospitales. Destacó por su tamaño y solidez “el Agustín de Valparaíso” (en honor a su difunto esposo). También hizo levantar centros hospitalarios en Antofagasta, Freirina, Vallenar, Ovalle, Los Andes y Quillota. También, con su voluntad y dinero, fundó el Asilo del Salvador, la Sociedad de Dolores, el Dispensario de Tuberculosos de Valparaíso e impulsó y financió la llegada al país de la congregación francesa, las Hermanitas de los Pobres. Además, aportó los fondos para la construcción del claustro y capilla de la Divina Providencia y donó el órgano que aún se conserva en la catedral de su natal La Serena.

Pero, Juana no era una filántropa pasiva. Cuentan que solía recorrer en tranvía con sus añosos (y rotos) vestidos negros los lugares que había contribuido a que existieran para ver que todo se estuviera haciendo como correspondiera y...con caridad cristiana. De ello da cuenta la carta enviada a su hermano desde Francia.

París, 8 de Junio de 1883

...Espero que mis obras no te estén dando demasiado trabajo y que me digas todo lo que ocurre y que sí, por algún motivo consideras necesaria mi presencia allá, me lo digas al momento...

Carta de Juana Ross a su hermano Agustín cuando viajó en barco a Europa (por primera y última vez) con sus hijos.

“¿Cuántas vidas cobró la epidemia?

La aparición del cólera motivó un sorpresivo y arduo trabajo de los sepultureros en 1886 y años siguientes. Según datos del Registro Civil, 23.432 personas murieron víctimas de esta enfermedad, lo que era bastante para una población de 3 millones...”

Doctor Enrique Laval en Revista la
Revista Chilena de Infectología, 2003.

“Cuando apareció el cólera, la sociedad tembló de miedo. Se tomaba todo género de medidas, hasta las más absurdas, y era tal la ignorancia reinante, que una dama enloquecida de terror, se presentó a la Cordonería Alemana pidiendo diez varas de cordón... sanitario”.

Luis Orrego Luco en su libro
“Memorias del Tiempo Viejo”. 1984.



“El Niño Enfermo” (1902), óleo de Pedro Lira.

No obstante los cordones sanitarios –medida tan inútil como costosa y de confianza engañosa– el cólera adquirió alarmantes caracteres epidémicos: llegó a Valparaíso el 15 de enero de 1887. A fines de dicho mes se había extendido no sólo a toda la ciudad sino a todo el departamento e incluso a Melipilla. En los primeros días de febrero hizo su aparición en Rancagua y Rengo. Al terminar 1887, el cólera se había propagado por el norte hasta Freirina y por el sur hasta Valdivia.

La epidemia comenzó a declinar y el último caso se presentó en Ovalle, el 2 de julio de 1888. En el intertanto, cientos de miles de personas, en especial, la población infantil, sufrió sus estragos mortales. Todo ello hizo que Juana Ross y sus compañeras de la Beneficencia de Valparaíso aumentaran –aun a costa de su propia seguridad– las medidas de atención hacia la población más vulnerable.



1891 no fue un año inocuo para Juana Ross. Fue entonces que el papa León XIII publicó en el Vaticano su más trascendental Encíclica: *Rerum Novarum*. En ella la Iglesia Católica –por primera vez en forma explícita– tomaba conciencia de las duras e inseguras condiciones de vida de la clase trabajadora del mundo en el contexto de la Revolución Industrial. No solo ello. También llamó a la feligresía y, sobre todo, a los más acaudalados a participar en la acogida y atención de los más desposeídos. La Encíclica caló hondo en sectores de la clase alta chilena, especialmente a la vinculada a la Iglesia Católica, entre ellas, en Juana Ross.

Ese mismo año 1891 se desató la Guerra Civil. En ella se hacían presentes dos bandos antagónicos y opositores: uno encabezado por el entonces presidente José Manuel Balmaceda (1840-1891) con el apoyo del Ejército y el otro por la oposición, liderada por la Armada. La llamada “Revolución de 1891” no dejó a nadie indiferente. O se era balmacedista o se formaba parte del bando contrario que encabeza el almirante Montt y que, finalmente, triunfó. Como es sabido, al día siguiente de finalizado su mandato (1896-1891), el presidente Balmaceda se suicidó y asumió el mando de la nación el Presidente Jorge Montt que gobernó hasta 1896.

Pese a que Juan Ross era una ferviente antibalmacedista, finalizada la Guerra Civil, apoyó con dinero a muchas mujeres e hijos de soldados que habían muerto en combate por la causa de Balmaceda. Lo suyo era la caridad con los que sufren y –en ella– las ideas políticas no tenían nada que interferir. ¡Vaya sentido de la rectitud!



Papa León XIII

“Se han cerrado todos los diarios que no apoyan la política del Gobierno... Doy gracias a Dios que no estés aquí pues seguramente estarías preso o escondido como la mayor parte de las personas de nuestra familia y, en general, todos los hombres honrados de Chile lo están en este momento de tan dura prueba...”

Carta de Juana Edwards a su hermano Agustín que estaba en Francia, 3 /2/1891.



José Manuel Balmaceda

Todas las comunicaciones habían quedado bruscamente interrumpidas. Corrían de boca en boca los más lúgubres pronósticos. No faltaba alguien que opinara que Valparaíso había desaparecido, tragado por el mar. Esas eran las noticias en la capital. Lo cierto es que el principal puerto de Chile estaba en el suelo y los incendios eran una lamentable realidad. Bajo los escombros aún no se podía calcular el número de muertos.

Una de las casas más emblemáticas de la ciudad –la de Juana Ross, que estaba frente a la Plaza Victoria– quedó prácticamente en el suelo. Si bien no falleció ninguno de sus habitantes, la confirmación de que la vida era frágil para ricos y pobres y que nadie –por más dinero que tuviera– se salvaba de este tipo de catástrofes.

Ello marcó el alma de Juana Ross. ¿Cómo? La hizo aún más austera, más desprendida y más caritativa.

Cuando al día siguiente, su sobrino le hizo saber que casi todas sus casas de Valparaíso y de los fundos estaban en el suelo y que sus haciendas habían sufrido también graves perjuicios, respondió espontáneamente: “Gracias a Dios porque, al fin, soy como todos y no tengo más esa enorme fortuna y sus responsabilidades” Dedicó las semanas y meses siguientes a auxiliar a sus “hermanos en Cristo”. Carretas con granos, frutos y ganados de sus campos llegaron sin cesar a auxiliar el hambre de los sobrevivientes y a los huérfanos del puerto caído.

GRANDES TERREMOTOS DE CHILE

Año	Epicentro	Hora	Magnitud*
• 1552	Santiago	17:16	7,0
• 1647	Santiago	22:30	8,5
• 1868	Arica	16:45	9,0
• 1906	Valparaíso	19:48	7,9
• 1939	Chillán	23:32	8,3
• 1960	Valdivia	15:11	8,5
• 1985	Algarrobo	19:46	7,8
• 2010	Cobquecura	03:34	8,5

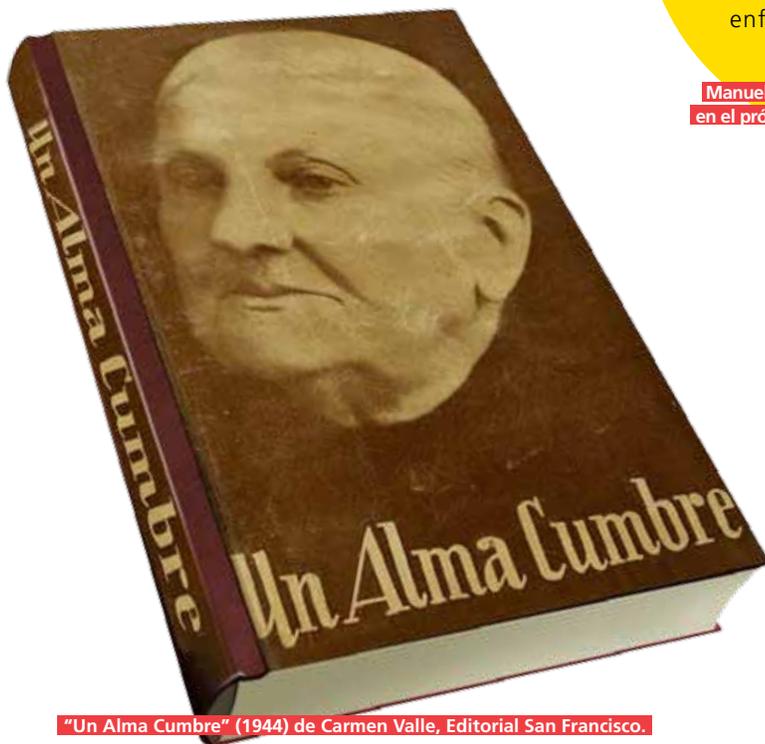
*Escala sismológica de Richter.
Fuente: Wikipedia.com



Visita de inspección al Barrio El Almendral de los daños causados por el terremoto de 1906.

“A tanta mujer moderna que se aburre de la vida y necesita matar el tiempo ante una mesa de Bridge o una ruleta, este libro les presenta una mujer que tuvo en abundancia todo lo que el mundo apetece para la dicha y que, en cambio, la fue a buscar a la cabecera del enfermo, en el conventillo del pobre...”.

Manuel Larraín, Obispo de Talca (1944)
en el prólogo al libro "Un Alma Cumbre".



"Un Alma Cumbre" (1944) de Carmen Valle, Editorial San Francisco.

“Y fue la caridad de doña Juana la auténtica, la que San Pablo describe, previsora, inteligente, sufrida. Ella se adelantó a los grandes problemas de la asistencia social moderna: hospitales, preventorios para tuberculosos, casas de ancianos, orfanatos, habitación obrera, fueron brotando de ese corazón a quien la caridad de Cristo apremiaba. Y junto a la caridad del cuerpo, la del espíritu”.

Manuel Larraín, Obispo de Talca (1944)
en el prólogo al libro "Un Alma Cumbre".

La suya fue una vida contradictoria. 83 años (nació en 1830 y murió en 1913) de profunda satisfacción por haber podido compartir su fortuna y desvelos con los más pobres (como se lo enseñó el Evangelio) y mucha pena asumida con fe y esperanza por enterrar estoicamente a su marido y a seis de sus siete hijos.

Precavida y clara como fue en vida, hizo su testamento en forma categórica. Gran parte de su fortuna fue legada a las muchas instituciones que había creado en vida para ayudar a sus congéneres. En pleno siglo XXI su presencia aún se siente. En Valparaíso un liceo y una calle llevan su nombre. Asimismo en San Felipe y en La Serena hay arterias que la recuerdan y en Villa Alemana el hospital se llama Juana Ross.